

seria del Roncal. Formaba esta una porcion de cabañas ó chozas aisladas, donde los infelices leprosos, gafos ó malatos, como se decia entonces, arrastraban su miserable existencia en el aislamiento y abandono, porque la ley y la maldicion que llevaba consigo su asqueroso padecimiento, así lo prescribían. Cualquiera que se atreviese á comunicar con ellos quedaba sujeto á sufrir la misma suerte, hasta que los alcaldes encargados de visitar la leproseria le declaraban libre de toda sospecha. A larga distancia de sus habitaciones se llevaba á los enfermos los alimentos necesarios, acudiendo ellos á recogerlos del suelo sin poder atravesar el linde marcado.

Tal era la terrible plaga que no dejó de causar bastantes estragos en Europa, especialmente con motivo del retorno de los cruzados, que la importaron de Siria, dando lugar á la caridad cristiana para manifestar su intrépida solicitud estableciendo la órden de lazaretos, dedicada al consuelo y servicio de los infelices atormentados con aquella plaga.

En este lugar terrible para cualquiera que no fuese un enamorado, penetró el conde don Sancho en busca de su esposa, incierto de su albergue y precisado para tomar informes á ponerse en relacion con los apestados, con inminente peligro y notoria infraccion de las ordenanzas.

Al divisarle comenzaron los enfermos á tocar las tablillas de que se hallaban provistos para indicar su presencia, si acaso algun inadvertido se les acercaba demasiado. Corrian huyendo de una parte á otra por mas que les gritaba se detuviesen con ánimo de interrogarles; era un espectáculo que angustiaba el ánimo y estremecía el corazon ver aquellos espectros vivos cubiertos de una piel escamosa y salpicada de úlceras gangrenosas, arrastrándose algunos con trabajo en el último período de su dolencia, sin cabello, cejas ni pestañas, agitarse asustados con voz casi estinguída, por alejar al profano que invadia su recinto, y otros apresurarse á esconderse

dentro de sus madrigueras: creyóse el conde trasportado á un país fantástico poblado de espíritus dañinos guardianes de la belleza que él trataba de arrebatarse, y siguió sin temor buscándola con afán. Por fortuna suya el tumulto suscitado en la leproseria hizo salir á Blanca á la puerta de su cabaña á semejanza de una aparicion celestial en medio de una turba de sombras repugnantes evocadas de los sepulcros; los dos esposos se reconocieron á un tiempo, y á la par se arrojaron uno en brazos de otro, buscando fortaleza para su alma contra las influencias malélicas que les cercaban.

—¡Huye de aquí, exclamó la condesa, porque se respira la muerte con el aire; díme que amas á tu constante esposa, que no has dudado de su fidelidad y abandóname luego, si no quieres aumentar mi desdicha! ¡Pero, cielos! ¿qué significa tu miserable traje? ¿cómo vienes flaco y solo en vez de glorioso y respetado? Aunque ¡necia de mí! no te detengas á contestar á lo que digo; corre mas bien y pónete luego en salvo, sino quieres que llóre toda la vida este momento de inefable ventura.

—¡Ven, ven, traspongamos juntos los límites de este lugar maldito! interrumpia don Sancho sin dar lugar á las razones de Blanca; solo nunca saldré. Dentro de poco he de lanzarme á combatir contra los que tantos daños nos han causado; el éxito será dudoso, porque ignoro los recursos con que debó contar; tal vez me veré convertido en guerrillero en mis propios estados, quizá la suerte me reserva un desenlace feliz, y tambien podré caer para nunca levantarme, mas en cualquier situacion necesito verte á mi lado, saber que puedo morir en tu defensa y que tu labio recogerá mi último suspiro.

—¡Ah, no sigas, por piedad, que tanto amor destrozará mi pecho acostumbrado á devorar la ignominia y el desprecio!

—Huyamos: buscando las sendas estraviadas, llegaremos al monasterio de Nuestra Señora de Aibar, donde se reúnen mis partidarios á combinar el alzamiento; pero

en el camino pueden acontcernos sucesos que den al traste con todas nuestras esperanzas, sino escedemos en astucia á los enemigos que nos persiguen, ¿Tendrás valor para desafiar el riesgo?

—A la mujer que lleva tu nombre solo puede acobardarla la persecucion infame que acaba de sufrir. Vamos: y puesta la confianza en Dios que me ha sacado sin mancha de la calumnia primero y de la pestilente lepra despues, afrontaré con semblante sereno cuantos peligros sea necesario arrostrar.

IV.

A costa de precauciones infinitas y gracias al conocimiento exacto que don Sancho tenia del terreno, á propósito por lo quebrado y montañoso para ocultar una marcha furtiva, llegaron con bien los condes al monasterio á reanimar el entusiasmo de los conjurados contra el usurpador García Ramirez, que de callada se iban juntando. Examinados con escrupulosa detencion los medios que podian reunir, determinaron asaltar el castillo de rebato á la mitad de la noche siguiente, pues si bien la celeridad les privaria de alguna parte de sus fuerzas, en cambio lograban la ventaja de no dar tiempo al contrario para disponer la resistencia.

Con efecto, al sonar el toque de maitines se vió descender de las fraguras que rodeaban el valle, infinito número de hombres armados que haciendo del monasterio término de su correría, fueron aumentándose hasta componer una fuerza respetable.

Despues de colocados al frente de su hueste los caudillos respectivos, penetraron todos en el gran patio, donde á la luz de los hachones fué reconocido don Sancho y su esposa como los verdaderos señores de Aibar, jurando los espedicionarios morir en su defensa sin retroceder un paso.

Cubierto de todas armas, levantada la visera y agitando en la mano su estandarte, les prometió el conde mantener sus

antiguos fueros y hacerles justicia contra los desmanes sufridos durante su ausencia. La ceremonia fué corta, silenciosa en lo posible y llena de majestad, saliendo de ella resueltos á sostener la lid divididos en tres columnas. La primera llegó á la orilla del foso provista de grandes zarzos y tablones con los que construyó un ligero puente que dió paso á los que llevaban las escalas para el asalto y las materias inflamables que habian de aplicarse á la puerta. En esto los vigias de la muralla dan el grito de alarma y los soldados medio dormidos empiezan á guarnecer las almenas; pero en la oscuridad, con el desconcierto propio de la turbacion, sus movimientos carecen de centro comun; muchos jefes se hallan dirigiendo peones que los desconocen y en tanto los invasores suben á la cortina á pelear cuerpo á cuerpo con aquellos hombres sorprendidos. Sin embargo, la sangre corre en abundancia; García Ramirez defiende su vida, al paso que la autoridad usurpada, con una desesperacion que cuesta muy cara á los que se le oponen: gran número caen precipitados á lo profundo y algunos mas abandonan lo conquistado. La contienda está muy indecisa y los sitiados vueltos en sí se reunen á su adalid, que avanza precedido del miedo que infunde su robusto brazo. Pero don Sancho le sale al encuentro; uno y otro se acercan ansiosos de llegar á las manos, los dos se hallan armados perfectamente; la lucha será larga, mas el resultado decidirá la jornada.

Encerrados los combatientes en el estrecho recinto del muro, ardiendo en ira por la oposicion que encuentran, animados con el ejemplo de sus caudillos, se anteponen á estos cuando ya casi iban á embestirse y los arrastran á largo espacio. Un viejo de las bandas de don Sancho, acompañado de dos jóvenes mancebos, se acerca en tanto á García Ramirez, le llama, atropella cuanto se le opone y con acierto sumo lanza contra él una azcona que falseándole la cota se hunde en el pecho del tirano haciéndole dar en tierra, y mien-

tras los dos jóvenes defienden al anciano batallador de los que intentan herirle, se arroja sobre su enemigo completando su victoria separándole la cabeza del cuerpo con un aguzado cuchillo. para mostrarla cual sangriento trofeo á entrambas parcialidades. Desde entonces no tuvieron los sitiados otro recurso que apelar á la clemencia de don Sancho que se la otorgó de buen talante.

Establecido en el palacio de sus mayores quiso conocer y dar premio al que decidió la batalla. Trabajo les costó encontrarle, pero á costa de pesquisas minuciosas le hallaron caminando ya hácia su campestre morada. Era el labrador que ofreció hospedaje al conde cuando llegó á la intermediación de su villa.

—Ya ves, le dijo don Sancho, que soy capaz de remediar las imprudencias de mi genio.

—Señor, respondió el campesino dando vueltas entre sus manos á la gorra de pieles, si lo decís por la conversacion que tuvimos hace poco, siempre creeré que mejor hubiérais hecho en reflexionar despacio vuestras acciones para no tenerlas que remediar á costa de tanto esfuerzo.

—Para evitar nuevos arrebatos en otra ocasion, quiero tenerte á mi lado de consejero y amigo.

—Soy ya viejo é inesperto en las costumbres de palacio, pero si alguna vez se os ocurre la idea de arreglar el Estado ageno, cuando en el vuestro hay tanto que poner en orden, tened presente que la mayor parte de los hombres abandonan los asuntos propios por cuidar de lo que nada les importa.

Despidiéronse con protestas de amistad perpétua, que no les dejó la fortuna ocasion de cultivar.

Doña Blanca murió al poco tiempo acometida de la lepra que adquirió en el Roncal, y su esposo, que no la quiso abandonar un instante, la siguió en breve devorado por el mismo contagio.

Su elevada condicion no les libró de finalizar en la leproseria, donde se les con-

dujo por orden del rey, en cumplimiento de lo establecido para los tocados de aquella terrible peste.

Murieron agradeciendo á la Providencia haberlos dejado tiempo para sincerar la virtud y castigar el crimen, en beneficio de sus vasallos y merecimiento propio.

DIONISIO CHAULIE.

DON PEDRO II,

EMPERADOR DEL BRASIL.

Cuando despues de reconquistada la España definitivamente de los moros, una porcion de aventureros inquietos, ávidos de combates y de botin, acometieron las empresas mas temerarias en cuyo término veian el cebo del oro; esas falanges de aventureros peligrosos ya para la Europa, en que habian llenado cumplidamente su mision, se abalanzaron con furor por la puerta que les habia abierto el descubrimiento de la América; y todos ya, despejado el camino, aspiraron á ser descubridores y conquistadores, y entonces se alzaron las colosales figuras de Hernán Cortés, Pizarro, Alvarado, Almagro, Valdivia y otros mil que, aventureros en un principio, se purificaron al crecer, y á pesar de la impureza de su primer impulso, llegaron á ser héroes á quienes hoy con entusiasmo saluda la historia.

Entre los mas incansables exploradores del nuevo continente, se hallaba Vicente Yañez Pinzon, el cual en una de sus correrías, tuvo la suerte de ser el primer europeo, que abordase á las encantadoras playas del Brasil.

El 26 de enero del año de 1500, Pinzon daba fondo en la embocadura del rio de las Amazonas, y saltando en tierra tomaba posesion solemne de aquel nuevo imperio en nombre de la corona de Castilla. Los compañeros de Yañez Pinzon, en su avidez

en coger antes de madurar el fruto de su nueva aventura, se indispusieron con los naturales del país, y en medio de terribles hostilidades, faltos de perseverancia y sin hacer la menor tentativa de colonización, los aventureros y descubridores españoles levaron anclas, y sin cuidarse del derrotero, se fueron fiados en su estrella en busca de nuevas aventuras. Al abandonar aquellas playas, Castilla perdió un imperio, empero un imperio mas ó menos, pesaba entonces muy poco en la balanza de su poder.

Estaba reservado este imperio, que los españoles solo habían entrevisto, á otra nación grande entonces tambien por su poder marítimo, por su espíritu arrojado y emprendedor, enlazada con la nuestra por los estrechos vínculos de la sangre, por mas que nos separe una frágil é ilusoria barrera política. Portugal fué el que indudablemente tuvo la gloria de haber revelado al mundo la existencia del Brasil, y de haber abierto sus inagotables riquezas al comercio europeo.

Pedro Alvarez Cabral fué el que con gran sorpresa suya, descubrió aquellas regiones de una vegetación tropical, tan abundante y tan lozana y de proporciones tan colosales, con un cielo mas brillante y diáfano, que el de los países meridionales de Europa.

Castilla perdió un imperio al abandonar las playas del Brasil, empero aquel territorio, segun el derecho público de aquella época, correspondia á Portugal. Por un convenio celebrado entre las dos coronas y firmado en Tordesillas el dia 7 de junio de 1494, debia de pertenecer á Portugal todo el territorio que se descubriese hasta el meridiano que pasa aproximadamente por las embocaduras del rio de las Amazonas. Este convenio fue reconocido por el papa Alejandro VI, cuya autoridad en aquella época, daba á semejantes transacciones una autoridad de derecho divino. Asi se explica por que España dejó á Portugal en pacífica posesion de aquel nuevo tesoro, en las regiones del Nuevo Mundo, que ya casi todo

él formaba parte del territorio de Castilla. Desde entonces el Brasil perteneció constantemente á la corona de Portugal, hasta el año de 1807 en que el príncipe regente, que despues fué Juan VI, se embarcó con toda la familia real para el Brasil, al ver invadido el territorio portugués por los ejércitos de Napoleon Bonaparte. Bien presto los portugueses se rebelaron con el apoyo de los ingleses y de los españoles, y combatieron al lado de estos en los seis años de la gloriosa guerra de la Independencia española. Los franceses no fueron felices en sus campañas en Portugal, de donde fueron arrojados por los ejércitos, inglés al mando de Wellington, y el español al del marqués de la Romana, que murió en aquel reino. La paz se firmó en 1814.

En 1820 estalló en Portugal una revolución liberal, y se estableció un gobierno provisional. El regente, que habia heredado la corona de Portugal y que se llamaba Juan VI, aceptó la constitucion que se publicó y volvió á Lisboa, dejando de virey del Brasil á su hijo don Pedro, que muy pronto fué el emperador independiente de aquel país, que acostumbrado desde que habia pisado sus playas en 1807 la familia real de Portugal, á ser una verdadera nación, no podia conformarse á volver á ser una colonia, y por una gravitación natural tan irresistible en el órden político como en el mundo físico, fué el Brasil declarado independiente, elevándose de provincia colonial á la categoría de imperio.

Don Pedro I de Braganza fué un hombre verdaderamente extraordinario, fundador del primer imperio de América, y que despues, al abandonar aquel continente, vino para colocar una corona europea en las sienas de su hija, y para dar la libertad política á Portugal. Rey de Portugal por la muerte de su padre don Juan VI, abdicó el trono el 2 de mayo de 1826 en favor de su hija doña María de la Gloria, de siete años de edad, imponiéndola la condicion de casarse con su tio el infante don Miguel, que la usurpó momentáneamente el trono, y á la que restauró en él. Una

revolucion en Rio-Janeiro, hizo que don Pedro abdicase la corona en 1831, en favor de su hijo, que fué proclamado emperador del Brasil, bajo el nombre de Pedro II.

No seguiremos al ex-emperador que volvió á tomar el título de duque Braganza y marchó á Europa con su hija, decidido á hacer todos los esfuerzos posibles para restablecerla en el trono usurpado por don Miguel. La constancia y abnegacion de que dió tan relevantes pruebas en su maravillosa campaña de Portugal; la pericia que demostró en el sitio de Oporto, en la ocupacion de Lisboa y en todas sus operaciones militares hasta la convencion de Eboramonte, proclaman al primer emperador del Brasil como uno de los héroes del siglo XIX.

Don Pedro II, actual emperador del Brasil, cuyo retrato presentamos hoy á nuestros lectores, nació en Rio-Janeiro en 2 de diciembre de 1825. Apenas contaba un año cuando perdió á su madre, y solo tenia cinco cuando se separó de su padre, que colocó en sus infantiles sienes la corona imperial, y le impuso la necesidad de afianzarla en un continente en donde no habia mas que repúblicas. En sus venas se reunian la sangre de las tres familias mas ilustres de la antigua Europa, la de Borbon, por su abuela, y la de Braganza y de Austria por su padre.

Don Pedro II, como todos los príncipes, tuvo tutores, tuvo maestros, tuvo consejeros que guiasen sus primeros pasos en la carrera del saber y de la virtud, empero su primer maestro, su primer guia fué el claro talento y la gran penetracion de que le dotó Dios, porque sin ellos no se le hubieran abierto las puertas de los grandes conocimientos que sus mentores no hacian mas que indicarle, porque no podian seguir en su vuelo aquella privilegiada inteligencia. Asi es que el 23 de julio de 1840, don Pedro cuando apenas habia cumplido quince años, fué llamado á gobernar, anticipándose así el período en que debiera haberse hecho naturalmente. Y esta resolucion fué

el acuerdo y el convenio de todos los partidos, como ha sucedido en otras naciones que han tocado de cerca los males y los peligros que traen consigo las prolongadas minorías.

El 30 de mayo de 1843, don Pedro se casó con la princesa doña Teresa Cristina Maria, hermana del rey de Nápoles, y de la reina madre de España, doña Maria Cristina.

Esta augusta emperatriz, esposa cariñosa, madre tierna y modelo de virtudes, es el encanto del emperador, y un verdadero ángel del imperio brasileño, que la adora en su nueva patria por la beneficencia que despliega y que raya en prodigalidad en socorrer el infortunio.

De este venturoso enlace, han nacido dos príncipes, que han muerto al empezar á vivir, y dos princesas que aun viven.

La mayor, doña Isabel Cristina Leopoldina, nació en 20 de julio de 1846 y se casó el 15 de octubre de 1864, con Luis Felipe Maria Gaston de Orleans, conde de Eu, y lleva el título de princesa imperial como presunta heredera de la corona. Sobre ella reposan las esperanzas y el porvenir del imperio brasileño.

Don Pedro II, es un modelo de monarcas constitucionales; en todos sus actos gobierna con la opinion pública, acepta sus indicaciones, y desde lo alto de su poder contempla impassible la accion generadora y la lucha fecunda de los partidos. Con una reserva impenetrable nadie sabe á que partido se inclina de los que dividen el campo político.

Como hombre tiene sus afecciones, pero las ahoga el deber del monarca. No es hombre de partido, es solo el jefe supremo del Brasil.

Sencillo y simple en su trato, cual conviene á un emperador constitucional en el siglo XIX en una nacion tan nueva, no se halla rodeado de la rígida é inflexible etiqueta que en Europa forma parte de nuestras tradiciones, y que instintivamente estamos acostumbrados á mirar como parte integrante del poder real.

Recibe con frecuencia y sin aparato á todos sus súbditos cuando desean hablarle, y pocos son los extranjeros que no le visitan, aprovechándose de la facilidad de acercarse á hablarle, pues posee perfectamente los idiomas francés, inglés, alemán, español é italiano, y se complace muy especialmente en hablar á cada uno en su lengua.

Don Pedro II, ha visitado casi todas las provincias de su vasto imperio, y se ha enterado por sí mismo de las necesidades del país.

Liberal en extremo, cuando se trata de sus intereses y bienes particulares, solo reconoce rivalidad en la generosidad de su augusta esposa. Un antiguo maestro suyo del idioma alemán, eclesiástico protestante, necesitaba mil duros que le pedían los médicos para devolverle la salud, y que el pobre no podía dar. El emperador que sabe todo cuanto pasa, que lee todos los periódicos, escribió en el acto á su antiguo maestro, regalándole con la mayor delicadeza tres mil duros.

En su política exterior el emperador del Brasil es tolerante y benévolo aun con los presidentes de las mas insignificantes repúblicas vecinas.

Con la guerra ha demostrado á la república argentina, que nadie puede burlarse impunemente del gobierno del Brasil.

Trazados así á grandes rasgos el retrato del joven soberano, del imperio mas joven y mas interesante del mundo, vamos á dar su fisonomía física.

Don Pedro, segun dice un viajero francés, es alto y robusto: sus ojos son azules y grandes: su barba y su pelo muy rubio y muy abundante: es un tipo septentrional que mas bien parece salir de la rubia Alemania, que de las morenas latitudes del Brasil. Bajo su cutis blanco y trasparente, se ve circular la sangre de las archiduquesas; pero su origen meridional se revela en sus movimientos: monta bien á caballo, y es aficionado á todos los ejercicios que pueden desarrollar su musculatura. Cuando reside en Rio-Janeiro, se le ve

en todas partes, en los bailes, en los teatros y en las ceremonias religiosas. Pasa la estación del verano en su palacio de Petrópolis, que está á ocho leguas de la capital, y que es un nido de águilas colocado en la cúspide de las altas montañas que circuyen á la bahía: region rica y pintoresca, que nada tiene que envidiar á los paisajes mas hermosos de la Suiza. Feliz monarca el que reina en semejante país! ¡Feliz país el que tiene la dicha de poseer semejantes monarcas!

Que espectáculo tan distinto presenta al mundo el Brasil, conservándose unido y formando una sola nacion con el de las repúblicas de América, que han pasado por las horribles peripecias que han ensangrentado la historia y vilipendiado el nombre de todas esas naciones independientes que han brotado de los fragmentos de nuestras colonias.

Terminaremos nuestro artículo fijando la vista en Méjico, el gran emporio de la riqueza del mundo antes. Hoy ni siquiera lástima inspira. No ha gozado desde su emancipacion ni de una hora de libertad, porque no es libertad esa licencia anárquica que lo ha devorado y que sigue devorándolo hoy como una fiebre incurable.

Méjico ha retrocedido en todo, en poblacion, en territorio, en riqueza: no tiene mas porvenir que su absorcion por otra nacionalidad enemiga, los Estados-Unidos, que borrarán de su territorio el idioma, la religion y las costumbres. Se encuentra en plena disolucion y ya se ciernen en masas enormes sobre él, las aves de rapiña que esperan verle exhalar en breve su último aliento.

En vano la Europa ha tratado de intervenir en aquel desgraciado país. En vano todo el poder de la Francia trató de establecer un imperio y poner en su trono un joven é ilustrado príncipe que enfrenase la anarquía. La anarquía ha vencido. Aquel príncipe que les mandó la Europa ha sido asesinado, y su sangre caerá sobre aquel pueblo, cual en otro tiempo cayó sobre Israel la sangre del Justo.

En el próximo número, daremos á nuestros lectores, el retrato y la terrible historia de Maximiliano, el emperador de Méjico.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS HISTORICOS.

(Continuacion.)

A los catorce años de edad ya estaba Alfonso asociado á la direccion del reino, y gobernaba la Galicia: designóle su padre para sucederle, excelente eleccion que fué confirmada; juró en la iglesia de Oviedo ser buen rey, le ungieron con el óleo santo y recibió á su vez el debido juramento de fidelidad. Faltaron á este juramento algunos ambiciosos, que le arrebataron la corona, hasta que repuestos los nobles asturianos, arrancaron con la vida el cetro de las manos del usurpador, devolviéndolo al jóven Alfonso, que despues de pelear contra los enemigos del orden en el reino, partió contra los de la fé, tomóles ciudades, les destruyó dos ejercitos casi simultáneamente, hizo otras muchas incursiones, llegando en una de ellas hasta Sierra-Morena, á donde aun no habian llegado los soldados de la restauracion, y rinó tantas batallas y mató tantos enemigos que llenos de terror le pedian treguas y le pagaban tributos.—Aprovecha el descanso de la guerra en mejorar y engrandecer el reino que era ya de Leon, el cual se estendia por los Campos Góticos regados por el Pisuerga, y llegaba á las ciudades de Toro y Zamora: restauró y pobló otras antiguas, fundó á Burgos,—que hasta allí abarcaba su poder,—y con infinitos castillos aseguró las fronteras de tan dilatada monarquía, cuyos límites no consistian ya en innacesibles montañas, sino en rios corriendo por llanuras.

Y sin embargo, este rey tan victorioso en la guerra como sábio en el gobierno del Estado, tiene que suspender sus obras de engrandecimiento para domeñar repetidas

sublevaciones hasta contra su vida. ¿Qué significaban estas sublevaciones? ¿Llevaba el pueblo á mal las paces que se ajustaban con los infieles? ¿Dejaba de aprovecharlas bien Alfonso restaurando y engrandeciendo el reino? ¿O era que no podian con los impuestos y veian con disgusto las escesivas donaciones á iglesias y conventos que hacia el rey, aumentando para ello los tributos, como espresa un historiador, el cual, aunque eclesiástico, se lamenta de la desgracia en que por tal causa estaban los vasallos? Cuestiones son estas que se dilucidarán á su tiempo, porque importan mucho á la historia. Diremos solo que era profundo el descontento de los vasallos, porque con la paz se carecia del diezmo del botín y tenian que pagar los pesados impuestos para fundaciones piadosas.

Volvia Alfonso á su córte con los inmarcesibles laureles del *dia de Zamora* y el cuantioso tributo que le dieron los toledanos porque se retirara de sus muros, cuando se halla con otra nueva conspiracion contra su vida y mando, más formidable que las anteriores, pues tomaron parte en ella su mujer y hasta sus hijos; y viendo inminente una guerra civil, lamentable para todos, quiso mejor vencerse á sí mismo que á los enemigos, abdicó en sus hijos, y con fuerzas para pelear por la religion y la patria, á las cuales aun podia ser útil, el rey, el padre, pidió á su hijo licencia para pelear una vez siquiera antes de morir, y corrió contra los musulmanes, volviendo á Zamora con nuevos laureles, muchos cautivos y abundante botín.

Allí murió á poco en los brazos de San Genadio, el que fué grande hasta en los últimos dias de su vida, Alfonso el Magno.

El fraccionamiento de la monarquía, por la abdicacion de don Alfonso, fué una inmensa desgracia y una rémora para el adelanto de la reconquista.

La corona que García arrancó á su padre, duróle poco, y su breve reinado solo ofrece una expedicion gloriosa á Talavera,

que dejó quemada, y considerables dotaciones piadosas.

Elegido su hermano Ordoño, que gobernaba la Galicia, volvió á unirse este reino al de Leon, del que no debia haberse separado. Ordoño II siguió las gloriosas huellas de su padre, haciendo brillantes y atrevidas escursiones y ganando memorables batallas: á su muerte, prescindióse de sus cuatro hijos y se dió la corona á su hermano Fruela, que gobernaba las Asturias, y solo reinó catorce meses.

Postergados tambien sus hijos, fué elegido uno de los de Ordoño II, don Alfonso.

De tendencias conciliadoras y carácter pacífico, habria asegurado las conquistas de sus antecesores; pero era fatal el ejemplo que dieron los hijos de Alfonso III, tuvo imitadores, y comprendiendo el monarca que el cetro necesitaba más robusta diestra, lo abdicó en su hermano y trocó el régio manto por la cogulla del monje; así, pues, el que no se propuso vencer á sus rivales, se venció á sí mismo, para lo cual se necesita mayor fuerza. Faltóle despues para negarse á ser dócil instrumento de ambiciosos planes, y perdió la libertad y los ojos.

Su debilidad de rey alentó á los castellanos para su emancipacion, y para que gobernados por sus condes enaltecieran el nombre de Castilla y aumentaran las glorias de España.

Ramiro II, despues de vencer en civil y fraticida contienda, vino á conquistar á Madrid, la desmanteló y corrió á los campos de Talavera y de Lusitania, obteniendo señaladas victorias y abundantes despojos.

Ordoño III, sigue sus huellas hasta en las luchas civiles, y cuando á su muerte ocupó el trono Sancho I se vió destronado por Ordoño el Malo, cuyas violencias y exacciones le enagenaron las simpatías de sus vasallos, y facilitaron el

regreso de Sancho, que á la cabeza de un ejército musulman, recuperó fácilmente su cetro, y reinó en paz; que no habia de pelear con quien le dió salud y trono, sin condiciones humillantes. Muere emponzoñado, sucédele su hijo Ramiro, que solo contaba cinco años, y la España presenta el espectáculo de tres tronos ocupados por otros tantos niños: Ramiro III en Leon, Sancho Garcés el Mayor en Navarra, é Hixen II en Córdoba: de los tres, solo el navarro supo ser rey.

Nunca habia sido más necesario un monarca guerrero para hacer frente al temido y siempre victorioso Almanzor; y aunque no faltaban brios á Bermudo II el Gotoso, como carecia de salud, tuvo que retirar la corte á Oviedo, vió conquistada á Leon y perdido el fruto de tantos años y de tantas glorias, quedando la monarquía de los Alfonsos al terminar el siglo X, casi en los límites que la dejó Pelayo.

Pero otro Alfonso ciñe la corona, y aunque por ser niño no peleó en Calatañazor, lo hizo en su nombre el conde Melendo al frente de las fuerzas de Leon, Asturias y Galicia.

Al salir Alfonso de la minoría, halló el reino aniquilado, los grandes divididos, las costumbres relajadas, y atendió á restaurar la monarquía, unir á los magnates y extirpar los vicios, interviniendo en todo personalmente para hacer más eficaz el remedio.

No se reinaba ya sobre un puñado de pobres montañeses, de entusiastas españoles que solo pensaban en pelear con los moros para asegurar sus hogares. Iban pasados tres siglos desde que comenzó la reconquista y se habia formado una sociedad, cuyas aspiraciones eran cada vez mayores, porque habia adquirido derechos, y tenia exigencias por considerarse fuerte.

Incompleta seria la historia, si no nos enseñara el estado social, desdeñado por los antiguos cronistas y no atendido debidamente por la mayor parte de los modernos historiadores. Pero hay que formarla

en vista de antiguos y no bien comprendidos monumentos, de carcomidos ó medio borrados pergaminos, que, si algunas veces no inducen á error, pueden estraviar la inteligencia, propensa de suyo á admitir lo que la lisonjea. Por eso no tengo la convicción de haber acertado, pero sí la conciencia de haber estudiado, y la confianza de que no serán enteramente perdidas mis vigilias para el progreso de la historia.

En el estado social, vemos el desenvolvimiento de la sociedad humana, esa marcha que, más ó menos progresiva, va dejando atrás, sin embargo, generaciones y siglos; y aunque sustituya unas preocupaciones con otras, ánda y ánda, y contribuye á la perfeccion relativa, ya que no á la absoluta de la humanidad en la tierra. Y digo relativa, contra el sentir de otros, porque así lo enseñan la naturaleza y la historia, así lo vemos en nuestras ideas, no más morales que las de Confucio y las del Evangelio; en nuestras pasiones, siempre chocando con la razon, porque estamos provistos de los mismos órganos que nuestros lejanos ascendientes, y en nuestras instituciones, formas conocidas desde Aristóteles, entre las que buscamos afanosamente las más compatibles con nuestras necesidades ó nuestros deseos.

Pudo satisfacer el Fuero Juzgo al principio de la restauracion, pero verificada esta, ya no era suficiente, aun cuando se hubiera podido restablecer por completo. Aquella sociedad se componia de elementos tan distintos como opuestos, luchando entre sí para sobreponerse los unos á los otros. La monarquía, una vez consolidada, aspiraba á robustecerse y ensanchar su poder, y lo hacia á costa de su sangre con gloria para sí y grandeza para la nacion.

El clero ejercia la preponderancia que no podia menos de tener en aquella sociedad cristiana. Grande hasta la sublimidad su historia, ligada íntimamente con la del pueblo, casi eran una misma cosa. Se combatia por Dios y por la independencia, y sobre el terreno conquistado ó las ruinas de un pueblo se erigia la iglesia y á su alre-

dedor las casas de los pobladores. Colonizan los obispos, labran la tierra los monjes y construyen casas; y aunque el clero poseia siervos y esplotaba la servidumbre, le cabe una parte gloriosa en las cartas de manumision, como no podia menos de haberle cuando al darse libertad á los siervos se proclamaba la libertad cristiana, diciendole con San Pablo: *sive servus sive liber, unus sumus in Christo*.

A la influencia de clase se añadió la de las riquezas, por las inmensas donaciones; se constituyó un poder, y en lugar de ser nivelador, se hizo esclusivo, dañandose á sí mismo.

La nobleza era otro poder en el Estado: sin pagar tributos, con privilegios en vez de leyes, y con amplia libertad é independencia absoluta, solo tenia obligacion de servir en la guerra, pero á espensas del rey, al que abandonaba si no pagaba. Las riquezas ejercian entonces, como siempre, inmenso predominio. Acumulándolas, se adquiria influencia, poder y nobleza. Otros se hacian guerrilleros ó jefes de bando y conquistaban con sus hazañas un lugar distinguido, y con el botin y el terreno ganados adquirian la riqueza que les elevaba.

El mismo pueblo, á cuya costa medraban, habia menester de estos señores. Las nuevas colonias necesitaban de un protector militar y poderoso que les defendiera contra los moros y los grandes que quisieran subyugarles, eligiendo de comun acuerdo al que tenian por conveniente y llamándole *Benefactor*; de aquí el que estos pueblos recibieran el nombre de *benefactoria* ó de *behetria*, que el tiempo fué modificando favorablemente al pueblo, y que los señores que al principio fueran necesarios, se hiciesen enojosos, pesados y por último enemigos.

La nobleza en posesion de todos los derechos públicos y privados, el de castigar y hacer leyes, sin otra instruccion que el manejo de las armas, ni otro interés que el del propio engrandecimiento, hacia frecuentes las guerras intestinas y constante la anarquía del reino.

Después de la nobleza había otra clase de personas un tanto libres, pero que no teniendo la fuerza suficiente para contrarrestar á los poderosos, se sometían á su benefactoría. Estos libres é ingenuos eran propietarios, pero contribuían al señor con la mitad de sus rentas y con el tributo ó prestación que pactaban, no faltando quienes cedían todos los bienes conservándolos únicamente á censo.

Los colonos voluntarios tenían libertad para disponer de su persona, si eran gravosos los tributos, indeterminados los servicios, ó sufrían vejaciones ó sus familias; pero en estas traslaciones perdían el solar, y á veces parte de sus bienes, que se apropiaba el señor como indemnización del daño que le causaba su ausencia.

Sobre los numerosos y crecidos tributos que pagaban los colonos á sus señores, satisfacían otros al rey, lo cual hacía que esta clase distara poco de la de siervos, y que distase aun menos cuando se estableció el usurpador derecho de *mañería*.

Antigua ya la servidumbre, aunque se conservó en la reconquista, era el rigor menos, porque se necesitaba mas de los siervos. Sujetos al señorío de otra persona, podía ésta disponer de ellos libremente por donación, testamento, venta, cambio ú otra manera de trasmisión, lo mismo que el terruño á que estaban apegados (1). Dos varones poderosos de Galicia, fueron rescatados, dando á los infieles sesenta cristianos de condición servil (2).

La condición de los siervos era la de las cosas: ni el derecho de familia tenían, y la avaricia separaba á la madre de sus hijos. Negábales la ley la representación en juicio, á no tratarse de su libertad ó no haber medio de prueba. Tampoco era creído el testimonio del siervo en prueba contra algun hombre libre, ó contra su se-

ñor «maguer sea atormentado por decir la verdad (1).»

No podían contraer matrimonio sin el consentimiento de sus señores, á no ser considerado nulo por las leyes civiles y eclesiásticas é impuesta la separación. Convenía á los señores el casamiento entre los siervos de su propiedad, pero había dificultades siendo los cónyuges de distintos dueños. Si se casaban sin consentimiento, podía emplearse la fuerza para separarlos, y había cuestión luego entre los dueños del siervo y la sierva sobre á quien pertenecían los hijos; cuestión contraria á los mas sanos principios, á la moral y á la religión.

Aun entre los mismos siervos había distinciones. Los del servicio del rey que mandaban á los rapaces guardas de bestias, los que celaban á los monederos, á los cocineros, etc., etc., eran creídos en testimonio como los hombres libres, si el rey los tenía conocidos por buenos y sin pecado. Los demás siervos de la corte no podían ser creídos, á no mandarlo el rey. Lo que hacían los siervos sin mandato de sus señores, ó lo que prometían por escrito ó por testimonio no valía (2).

A pesar de este estado de postración humillante, abyecta, germinaba en las masas un principio como germina la semilla en los campos. Eran las ideas que tendían á la emancipación, personificada poco después en el municipio; era la idea de la dignidad personal, que se revelaba contra aquella servidumbre vergonzosa. Si no había opinión pública, había idea.

La manumisión fué una consecuencia natural del peso abrumador de la servidumbre, y el cristianismo la atenuó, pero no manumitían las iglesias sus esclavos, si bien preferían su tutela más ilustrada y tranquila.

La creación de los pueblos fronterizos á los moros y al municipio, fué, como si dijéramos, el ariete de la servidumbre. El

(1) Un documento del año 812 enseña, que Alfonso el Casto donó á la iglesia de Oviedo varias alhajas y siervos, á quienes llama *mancipia*, y entre ellos varios clérigos, adquiridos unos por compra y otros por donación.—*España Sagrada*.

(2) Historia Compostelana.

(1) Fuero Juzgo, L. 4.ª, t. IV, lib. 2.ª.

(2) L. 6.ª, t. V., lib. 2.ª.

siervo comenzó por ir arrancando privilegios al señor, y acabó por guarecerse en el municipio emancipándose, haciéndose ciudadano, y formando poco á poco el preponderante estado llano, al que ayudaron con decidido empeño los reyes, y especialmente los Alfonsos.

El segundo, á quien tanto debe la reorganización social y política del país, mostró, ó siguió mostrando que los reyes de España debían estar á derecho con todos sus vasallos, y pedirse mutuamente por justicia en pleito ordinario lo que cada uno creyera pertenecerle. Ya veremos en los fueros y cartas-pueblas que constituían la legislación, lo que iba progresando el estado social hasta que Alfonso V reunió las cortes de Leon, cuando era constante la lucha de intereses encontrados, cuando existía una inestabilidad general, una vaga incertidumbre, y se veía una marcada tendencia á otro orden de cosas que mejorara el estado de las personas y de las propiedades.

Comprendiendo don Alfonso las circunstancias especiales de los pueblos, y los derechos que habían menester, reúne el concilio de Leon, y despues de proveer á las necesidades y aspiraciones de la Iglesia, atiende á las de la sociedad, adelantándose á toda la Europa en más de un siglo, lo cual prueba que tambien España iba delante de la Europa en materia de legislación, como iba en cuanto atañía á la mejor organización social, y esto en medio de la turbulencia de aquellos tiempos (1). El concilio de Leon, magnífico monumento de nuestras libertades, que puede considerarse como el primer congreso de España, y una de las grandes glorias de los Alfonsos, mejora la condicion de la sociedad, constituyendo un progreso evidente y laudable. Y cuando tanto habia hecho por

sus vasallos, y tanto habia aprovechado la paz en beneficio de todos, al ver que el enemigo le interrumpia llevando sus armas á las fronteras, corre á su encuentro, pasa el Duero, penetra en la Lusitania y muere ante Viseo como bravo aquel jóven Alfonso de los buenos fueros, tan llorado por todos, que perdian un buen padre, dechado de virtud y modelo de piedad, que premiaba á los leales con los bienes de los turbulentos, y dotaba las iglesias con las haciendas y multas de los criminales.

Grande hubiera sido el reinado de Bermudo III sin las luchas intestinas y la continuada con el Navarro, porque siguió las huellas de Alfonso V su padre para reformar las costumbres, y fué el consuelo de los pobres, por lo que se le ha llamado el Justo, el Benéfico: murió peleando como bravo en la flor de su juventud.

Sucedíole Fernando I, quien comprendió lo que importaba la union de los cristianos para combatir al comun enemigo, el cual se destrozaba tambien en civil contienda, despues de haber derribado el imperio Omniada, haciéndose cada alcalde ó walí, emir ó rey; y reuniendo el monarca leonés los mayores estados de la España cristiana, confirmó las mejoras sociales de Alfonso V, supo tener á raya á los magnates y poderosos avezados á la rebelion, pues sin orden no hay prosperidad en los estados, y cuando empezaba á disfrutar los efectos de su obra, tiene que ir á contener la ambicion del Navarro que halla su fin en Atapuerca. Conténtase Fernando con los pueblos de la derecha del Ebro, lleva sus armas contra los musulmanes, venga en Viseo la muerte de Alfonso V, marcha triunfante hasta la Andalucía, hace tributarios á los más poderosos walies, rescata cuerpos de santos, reparte lo mejor de los despojos á las iglesias y á los pobres de Cristo, no se desdeña hacer oficios de esclavo, y aquel rey, lleno de gloriosos laureles y llamado justamente el Grande, se

(1) Si no bastara nuestro testimonio, el mismo Dunham confiesa, que aun en el siglo IX aventajaba en cultura la península española á los demás estados de Europa, añadiendo que era natural que los musulmanes mirasen con desden y como bárbaros á los pueblos del Occidente.

desnuda de sus insignias y viste el cilicio para morir.

Grave falta cometió don Fernando en repartir entre sus hijos la monarquía; así que el menos escrupuloso de ellos halló favorablemente dispuestos los ánimos para reconcentrar el poder, é ir avanzando en la grande obra de la unidad española. Y hasta tal punto importaba esto, que ni el pequeño señorío de doña Urraca fué respetado, y se habría apoderado don Sancho de Zamora sin Vellido Dolfos.

Don Alfonso VI que había sido destronado por su hermano, vuelve de Toledo, es aclamado rey de Galicia, de Castilla y de Leon, prescindiéndose de don García en obsequio de la unidad, y con el buen ejemplo que su padre le diera, y comprendiendo lo que obligaba el nombre de Alfonso, fué uno de los monarcas de más gloriosa historia. Su reinado formó época, y en él hubo hechos colosales como las cruzadas y la conquista de Toledo, y personajes heroicos como el Cid, que no fué un mito sino realidad. Las cruzadas enardecieron la fé de la cristiandad, y el Campeador sirvió de modelo á muchos héroes y de imperecedera y popular gloria á España.

Al asentar la cruz sobre la metrópoli que había tenido la media luna cerca de cuatro siglos, sobre la antigua y espléndida corte de los godos, cabeza de reino de los infieles y su poderoso baluarte, se decidía el triunfo de la restauracion, que ya no podia ser vencida ni retroceder, y con tal seguridad, dió el gigantesco paso de trasladar su trono de Leon á Toledo: de hoy en adelante, ya no partirán las huestes cristianas de las márgenes del Bernesga sino de las del Tajo; ya no serán bastantes los musulmanes que hay en la Península, y pedirán auxilio á los Almoravides de Africa, descendientes de aquellas tribus pastoriles, de aquellos guerreros de Cartago, numidas que manejaban sin freno los caballos é hicieron más de una vez temblar á los romanos; pasando el Estrecho tanta

gente que solo su Criador puede contarla (1).

No importa que por el número, no por el valor, triunfen en Zalaca: la España de Alfonso VI, no era la de Rodrigo; Toledo es el baluarte de la cristiandad, y la sangre que derramó el monarca peleando como bueno, era germen de entusiasmo y de valor. Sus enemigos se destrozan mutuamente; los Almoravides se erigen en señores de sus auxiliados, demandan estos la ayuda de don Alfonso, que se la da para más debilitarlos; y unas veces en su auxilio y otras solo, lleva sus armas y la devastacion á Murcia, á las márgenes del Tùria, á Extremadura, Andalucía y Aragon.

Descansaba de la guerra gobernando el reino, y su afan de reformas le condujo hasta la de la liturgia y la escritura, no todas acogidas por el pueblo, ni todas justificadas.

Vigoroso hasta el último aliento de su vida, al morir don Alfonso llamado el Bravo, le lloraron hasta los judíos y moros, y aun cuenta la tradicion que las piedras de San Isidoro de Leon brotaron agua: fué un gran rey.

Un siglo iba á transcurrir desde las córtes de Leon á la muerte de Alfonso VI, y todo había progresado en España y casi cambiado de faz. Se dilataba la estension de la monarquía y la autoridad de los reyes, porque tenían el talento de reinar, el valor de combatir y la gloria de vencer. Debía tantos y tan grandes beneficios el reino á los Alfonsos, que sin ser hereditaria ni electiva la corona, disponia de ella el monarca como de su patrimonio, y hasta la subdividia como hizo Fernando I.

Distinto el estado social de España de los demás de Europa, no puede ser juzgado igualmente. Si en Francia crecia la monarquía á espensas de la nobleza y del pueblo, la nobleza conteniendo á la corona y arrebatando derechos al pueblo, y este y todos en constante pugna, siendo ene-

(1) Conde.

migos unos de otros, en España había un enemigo comun, y el engrandecimiento de la corona, de la nobleza y del pueblo, se verifica á espensas de aquel enemigo, contra el que todos se ayudaban mutuamente, y todos ganaban: el rey, ensanchando el reino con nuevas conquistas, la nobleza su poder con las concesiones que eran el premio de su valor en la guerra contra el infiel, y el pueblo conquistando derechos y franquicias por su ayuda y su heroismo en la lucha. De aquí la condicion más suave de las masas, la menor tiranía de los señores, y el liberalismo de la monarquía.

Sigue el clero aumentando su poder, á lo que contribuyó mucho Gregorio VII, que pretendia hacer teocrática á la Europa; y ya perjudicara ó favoreciera su tenaz y constante empeño al éxito de su causa, obtuvo por el pronto señalados triunfos; y la reforma de las costumbres del clero, más evangélico en España que fuera de ella, dió gran poder á esta clase, que separándose de la civil, fué poniéndose más en evidencia.

La nobleza castellana sin ejercer el feudalismo que en otros países, pues aquí no ha existido ni podido existir como en ellos, porque lo estorbaban la creacion de las colonias fronterizas y de las behetrías, y la necesidad que del pueblo había para combatir á los moros, veíase en la precision de ir emancipando sus siervos, porque adelantaba mas el cultivo de sus tierras con el trabajo de los ingénuos, y le eran mas útiles los soldados que los esclavos.

Al comenzar el siglo XI, se desenvuelven en Castilla los principios constitutivos de los pueblos modernos; y aquellos que vimos no ha mucho apegados al terruño, encorvado su cuerpo por la fatiga y amortiguado su espíritu por la humillacion, modifican su existencia al formarse el municipio, adquieren alguna nocion de su propia dignidad, se apegan y aficianan á la casa que han de legar á sus hijos, y surge del seno de estas municipalidades la clase media.

La historia no puede prescindir del orí-

gen y curso de tan grandes sucesos; de las crecientes aspiraciones de los pueblos; de sus revoluciones, del origen y desenvolvimiento de las hermandades; de los adelantos en la administracion pública, verdadero laberinto rentístico; del comercio, que comenzaba á tener exenciones que hoy se le niegan; ni de la industria y las artes, que renacian, y especialmente la ilustracion.

No estaban seguramente para pensar en las letras los que se guarecieron en Asturias, pero ya Alfonso II, á quien se debe el primer paso en el progreso de ellas durante la restauracion, restablece con el Fuero el estudio de los libros góticos, da á la iglesia de Oviedo *et librorum bibliotheca*, se funda una escuela donde se crea un monasterio y en estos se albergan las letras, vírgenes pudorosas que huyen el estruendo de las armas para buscar la inspiradora paz del claustro. Allí se conservan los códices, los manuscritos, los pergaminos que habían de ser en adelante el más sólido fundamento de la historia, el manantial más copioso y rico de los hechos, ese gran monumento que desafía los siglos. Desde el VIII, brillaron escritores en gran parte desconocidos hoy, pues no faltaron sabios eruditos como Civila, el Pacense, Beato, Juliano, Vero, Esperaindeo, *luz de la Iglesia* Alvaro, *fuerza caudalosa* de la sabiduría, el Alfendeme, Sampiro, Arnaldo, docto poeta, el Silense, Alfon y otros que iremos conociendo. Hasta un monarca, Alfonso III, cultivó las letras. Y no será ocioso ni inútil manifestar que en los primeros tiempos de la restauracion se hallan en el idioma que se hablaba y escribía solecismos é idiotismos como en la inscripcion de Santa Cruz de Cangas, y palabras castellanas en los privilegios otorgados por Alfonso I, á Santa María de Covadonga. Con lentitud en su principio y rápidamente despues, como si siguiera el progreso de la reconquista, se fué formando el idioma que ya le hizo nacional Alfonso el Sabio para presentar al mundo una lengua rica, abundante, armoniosa, magnífica.

Hallándose España á la cabeza de la civilizacion europea, á la que contribuyeron no poco los muzárabes, que vivieron entre los invasores, con la ilustracion necesaria para estar en constante lucha de comparacion religiosa y de influencia civil, verémosla ocupar con justicia el primer lugar en el mundo.

Precediéndole un período de los mas confusos, turbulentos y desastrosos, ciñó Alfonso VII la corona de su abuelo el conquistador de Toledo, y fué el rey que necesitaba aquella trabajada monarquía, presa de ambiciosos y desleales durante su menor edad. Restablece con el consejo y con las armas el orden y la justicia, reivindica lo que el aragonés le tomara, hace conocer, mal su grado, á los portugueses la supremacia de Castilla y que aun le pertenecia el Portugal, y corrió despues contra los infieles llevando la devastacion y el espanto hasta donde Hércules no halló mas tierra que pisar. Las armas cristianas ya no tenian obstáculos á su marcha.

Así pudo estender el reino castellano hasta el Ebro, apoderarse de Zamora, avasallar al rey de Navarra, consiguiendo así mismo que le rindieran párias y vasallaje duques, condes y señores de Barcelona, Gascuña y Francia; así, en fin, hubo razon para aclamarle emperador, en las Córtes de Leon, y que el pueblo victorease entusiasta al *Emperador de las Españas*. Supo mostrarse digno de este título, dilatando su imperio hasta Almeria, despues de haberse apoderado de Baeza, Córdoba y otros puntos de Andalucía, á donde ejecutaba casi todos los años una expedicion, logrando aniquilar á los Almoravides suplantados luego por los Almohades, (1), sus enemigos, que probaron tambien el temple de las armas de don Alfonso.

Hábil político y consumado guerrero, imperó su voluntad en toda la Península,

(1) Bárbaros sectarios de El Mahedi, que prohibieron, pena de la vida, escribir la historia de su dominacion.

vino á visitarle el monarca francés, fué activo con los poderosos, afable con los súbditos, á quienes concedió liberales fueros, y pudo llamársele el monarca enviado del cielo, como dice la historia de Toledo.

ANTONIO PIRALA.

ESCEPTICISMO FILOSOFICO.

Es el escepticismo uno de tantos delirios que la humanidad loca se ha empeñado en sostener. Es uno de aquellos principios que admitidos en abstracto, establecen un cambio completo en la marcha del individuo. Es uno de tantos escollos que la imaginacion finge. Es en verdad un estado en que el hombre despojado de toda idea se desconoce á sí mismo: es un imposible.

Su latitud es tanta y tan diferentes sus grados, que con este nombre se designan el error mas desatinado y la duda razonada y justa, dada nuestra imperfeccion.

El escepticismo rígido, negativo á todo, es un delirio extravagante: el moderado una prudencia admisible.

Escéptico es el que duda, el que vive en un mar de dudas, y el que no se puede dar cuenta de nada.

Dice á este propósito un sabio español, y tiene gran razon, «Dudar de muchas cosas, es prudencia, dudar de todas es locura.»

El escéptico avanzado no puede menos de contradecirse á sí mismo, porque las funciones naturales le están de continuo acusando la existencia de otro ser de otra forma, en una palabra, del pensamiento. Si nosotros no pensáramos, si no fuéramos una máquina arreglada donde se produce la fuerza del movimiento supeditada á otra fuerza, la razon, preciso era creer que la obra de Dios estaba incompleta, y que esta falta era perfectible á los ojos de los hombres, que á su vez se proponian remediarlo adoptando el partido de un ciego en país extraño «dudar de todo.»

Nada mas torpe que esa jerga de conse-

cuencias que el escéptico aduce en defensa de su inconsecuencia como filósofo y de su contradicción como hombre y como filósofo. Y aquí debo hacer notar que afortunadamente el número de esta clase de pensadores, es muy reducido, reducidísimo, y que muchos de los filósofos que la historia nos presenta como acérrimos defensores del escepticismo universal, en realidad solo lo hicieron por ostentar su ingenio en la disputa. En este número son singularmente señalados, Arcefilao, Carneades y Pirron. El primero, si creemos á Sexto Empírico, era escéptico solo en la apariencia y platónico en realidad, observando el método de negar, probablemente con el objeto de hacerse célebre.

Ciceron dice, que el furor de impugnarlo todo que dominaba á su condiscípulo y émulo Zenon, le condujo al temoso empeño de refutar (contra su carácter) cuantos dogmas se le proponian.

Segun el testimonio de Diógenes Laercio, nunca llegó Arcefilao al extremo de *negar el asenso al informe de los sentidos*, antes despreciaba con irrisión á los que ponian el escepticismo en ese punto. Pues si no negaba el asenso al informe de los sentidos, y por consiguiente, creia tanto sus funciones como las de la materia ¿á qué queda reducido su escepticismo? Mucho, en verdad, disminuía sus límites esta importante confesion.

Carneades, filósofo sutilísimo y orador eminente en alto grado, que Ciceron en varias partes habla de él con admiración, y asegura que con la agudeza de su ingenio y torrente de su facundia llevaba de tal modo la persuasión al pensamiento de sus oyentes, que era la general envidia de los doctos de su época, Numenio y Quintiliano dicen de Carneades, que el prurito de disputar y el deseo de ostentar su agudeza en la impugnación de los mas serios axiomas y de todas las funciones de los sentidos, *le hizo parecer escéptico rigurosísimo*. Lo que se puede asegurar, siguiendo á Numenio, es que *Carneades creia tanto como cualquier hombre*. Para probarlo cita

la siguiente historieta. «Fué el caso, que habiendo sorprendido una concubina suya en brazos de su querido discípulo Mentor, ofendido de la alevosía de éste, rompió para siempre con él, y le excluyó de la sucesion en la academia.»—Ved aquí la continua contradicción en que incurren el hombre y el filósofo escéptico: como lo primero cree lo que ve, y le sirve para tomar una determinación tan severa como la separación de su compañía de un discípulo querido: como escéptico no debiera irritarse y si creer ilusión de la vista la representación de aquella obscenidad. ¿Se necesita mas para echar por tierra este falso sistema? Verdaderamente que no, y en el término de este artículo tendremos ocasión de presentar mas ejemplos: pero sigamos juzgando á los apóstoles del escepticismo y hablemos de Pirron.

Pirron, el mas famoso entre los escépticos (tanto que oscureciendo en algo á sus compañeros dió su nombre al sistema de la duda universal), fué tambien el único de quien dicen intentó poner en armonía su vida con su filosofía y tan entusiasmado y creído parecia estar con su sistema, que cuentan que no se apartaba aunque viese venir derecho á él un caballo desbocado ó un perro rabioso, ni suspendia el paso aun cuando advirtiera que caminaba á un precipicio, y que mil veces hubiera perecido en estos riesgos si sus amigos, velando por su salvación, no le hubieran apartado de ellos. Esta fábula no tiene pruebas, pues habiendo vivido Pirron noventa años, no es posible que en tan dilatada edad lograse siempre la asistencia de sus amigos para librarle de tan inminentes riesgos, y con la frecuencia que debian ocurrirle á un hombre de tan temeraria conducta, y singularmente en el largo viaje que hizo á la India para consultar á los sofistas de aquel país. Diógenes Laercio, que es quien da noticia de la dilatada edad de Pirron y de su viaje á la India, asegura tambien que era de carácter raro y amigo de la soledad, casi insociable, lo cual destruye la noticia de esa falange de amigos que le cuidaban

con incansable diligencia, y así tambien nos ayuda á creer no fué tan escéptico como lo pintan Pirron, pues, hubiese sucumbido muy pronto víctima del error á que lo conducian sus ideas.

Los ciudadanos de Elide, patria suya, le eligieron pontífice supremo de su religion. ¿Cómo es creible que sus conciudadanos fiasen este empleo á un hombre que debian tener por loco si su escepticismo fuera universal? Este hecho le absuelve tambien de la nota de impiedad, que comunmente le imputan, pues no le habian de entregar el soberano ministerio de la religion, si conociesen que no profesaba ninguna ó que dudaba de la existencia de una causa única y autora de todo lo creado. ¿Qué devocion, sino, podia esperarse para el servicio del templo, de quien ignora ó por lo menos duda si existe el objeto del culto? ¿Qué celo podia desplegar en el desempeño de su cargo el que dudase de los misterios de su religion?

Hay objetos hácia los que es implicatoria la duda. La misma duda da por resultado un conocimiento cierto, pues el que duda ciertamente sabe que duda. Si hubo alguno, que no lo creo, que verdaderamente creyese en el escepticismo universal, no debe considerársele como filósofo, sino como loco. Sócrates, á quien algunos consideran como padre de los escépticos, decia de sí, *que no sabia cosa alguna sino precisamente el que todas las cosas ignoraba*, queriendo explicar á mi ver con esto, no su escepticismo, sino su modestia, y lo espresaba hiperbólicamente diciendo que todo lo ignoraba. San Justino y otros padres que elogiaron altamente este filósofo, de seguro no lo hubieran hecho á creerlo escéptico, rígido, pensador insensato, que es lo mismo que impío, pues quien duda de todo, carece de creencias religiosas, y esto no pasaba con éste, á quien los atenienses condenaron á muerte, solo porque afirmaba la existencia de una deidad única.

Otros escépticos que decian dudaban de todo, y que de todo se debia dudar, acaso no excluian toda certeza, sí solo cer-

teza científica y demostrativa, lo cual sucede en todos los ramos del saber que no están, como las matemáticas, bajo una ley fija. ¡Cuántas veces en las mismas matemáticas, tratándose de la operacion mas sencilla, hallamos un error porque esté equivocado el cálculo ó que lo equivoquemos nosotros con una distraccion! Señores, á todos nos pasa, y mas á los que no somos muy fuertes en eso de números: cuando hacemos hasta una ligera suma pedimos á un amigo que la repase por si nos equivocamos, y suele suceder que nos hayamos equivocado. ¿Cuántos en pomposas disertaciones no pretendieron haber demostrado la cuadratura del círculo? Pues esos discursos mirados despues con riguroso exámen, se vió que no eran verdad, por envolver algun sofisma, ó partian de algun supuesto tomado por evidente no siéndolo.

Otros negaban la fé al informe de los sentidos, pero no tan enteramente que no usasen de él para dirigir las acciones comunes de la vida humana y civil. Resulta de esto lo de siempre, una contradiccion, que tenian sentidos para la vida y carecian de ese informe para filosofar.

Las representaciones de los sentidos, les servian para buscar lo útil y huir lo nocivo, mas no para determinar por ellas la teoría del objeto.

Los fundamentos que señalan para la desconfianza de los sentidos pueden reducirse á tres:

1.º La distincion que debe haber entre la impresion que hacen los objetos en los sentidos, y la naturaleza y forma de esos mismos objetos.

2.º La esperiencia de las alteraciones que ocasionan en las especies sensibles, ó la interposicion del medio, ó la diferente disposicion del órgano.

3.º La errada representacion que la imaginacion suele dar á los objetos, la cual figura como existentes las sensaciones esternas de los objetos que no hay.

JOSE DE LA CUESTA.

(Se continuará).